

La firma de la directora

Ciencia al alcance de todos hace un siglo



ELENA ROSA

Queda claro que la pasión y las ganas de conocimiento pueden permitir llegar muy lejos, partas de donde partas. Incluso si hablamos de la Piedrabuena de finales del siglo XIX, en el corazón de la España rural y poco alfabetizada de aquellos tiempos. Y de ambas cualidades andaba sobrado Mónico Sánchez, el hijo de un padre tejero y una madre lavandera que supo mirar mucho más allá de los límites geográficos y los propios de un entorno de pobreza para construirse una vida de leyenda.

La historia de Mónico Sánchez empieza a ser más conocida no sólo entre los más mayores de la localidad sino que las nuevas generaciones también comienzan a saber y a apreciar quién hubo tras el nombre de la persona que pone nombre al instituto de Piedrabuena, entre otros espacios para recordarle que hay en las calles del pueblo.

Lo que es capaz de hacer un buen maestro en una mente despierta. Ya lo hizo con Albert Camus su profesor de Primaria, Louis Germain, y con Mónico fue Ruperto Villaverde quien alimentó su interés por los misterios de la electricidad, como te cuenta Noemí Velasco esta semana, con imágenes de Elena Rosa.

Pero si es inspiradora su historia de superación -hacer un curso de electricidad en un idioma que no es el tuyo; viajar a EEUU con lo puesto y lograr aprenderlo todo en plena revolución científica, en uno de los mayores centros de conocimiento, la Universidad de Columbia y triunfar en empresas emergentes vinculadas a las nuevas tecnologías de la época-, para mí lo es mucho más saber que **desde Nueva York volvió la mirada hacia su pueblo, y en un comportamiento poco usual, decidió regresar e instalar su fábrica en Piedrabuena.**

Pero, antes de todo eso, primero lo primero, como decimos en La Mancha: **llevó la luz a la casa de sus vecinos, un salto hacia adelante que no se quedó ahí porque además de traer la riqueza que había conseguido a su pueblo, quiso también generarla desde él, implicando a sus vecinos, en el Laboratorio Eléctrico Sánchez,** al que hombres y mujeres sumaron su inteligencia y sus manos para desarrollar herramientas que facilitasen el desarrollo de su labor diaria a los médicos rurales, de forma especial, y a otros galenos en contextos de guerra de todo el mundo.

Y es que, como te contamos en nuestro semanario, Sánchez fue un hombre que se preocupó por responder a las necesidades de lo próximo, de modo que la alta tecnología fuera “accesible y asequible” para la medicina del mundo rural, de modo que dio respuestas a los médicos de la provincia.

Pero nunca dejó de mirar hacia fuera y fabricar máquinas para las necesidades del mundo en ese momento: **aparatos de rayos x portátiles que usó España durante la guerra del Rif y también el bando republicano durante la Guerra Civil,** además de haber constancia de la exportación a Francia y Portugal o de que el ejército francés llegara a usarlas en la Primera Guerra Mundial, dentro de las ambulancias, tras la selección realizada por el doctor Bergonié, padre de la oncología francesa.

Y lo cierto es que la historia de Mónico Sánchez contiene hazañas suficientes para inspirar al escritor, periodista y exredactor de Lanza Manuel Valero para escribir ‘El rayo indomable’, la vida novelada del protagonista de esta semana, desarrollada junto al nieto del inventor piedrabuenero, Eduardo Estébanez, como cuenta Arsenio Ruiz. Curiosamente, querido lector, éste es uno de los títulos más adquiridos en las librerías de Ciudad Real.

Y no dejes de leer el reportaje de Noemí Velasco **sobre la laguna de Navaseca, uno de esos paraísos cercanos de los que hablaba en este mismo espacio hace unas semanas y es que a apenas seis kilómetros del Parque Nacional de las Tablas de Daimiel, es un estupendo punto de observación para los amantes de la ornitología** en la provincia y una oportunidad cercana para disfrutar de la belleza de la naturaleza en plena explosión de la primavera.

Feliz lectura de abril.

Conchi Sánchez Hernández